

Soldados del regimiento infantería de la Princesa: En Febrero al pisar esta costa anuncié que aquí como en otras provincias os esperaban los triunfos. El de Oriamendi causó el asombro y aplauso del ilustre general é ingleses que peleaban á vuestro lado; con estos bravos fuisteis á alcanzar los de Irun y Fuenterrabia: y vuestra disciplina y brillo militar en las orillas del famoso Bidasoa os hacia señalar por los franceses como modelo de su regimiento, de aquella nacion tan militar y guerrera, recordando vuestros hechos gloriosos de Arlaban, y comparándolos con lo que ejecutábais á su vista.

Cuatro meses envueltos entre hielos, nieves y lluvias, sufriendo con resignacion los trabajos militares y escasez de haberes, os hicieron tan célebres por vuestro sufrimiento y virtudes, como memorables por el denuedo y arrojo, y el nombre solo del regimiento de la Princesa, resonando desde el célebre Amezagaña por las márgenes del Urumea, aterraba á los rebeldes á la par que exitaba el entusiasmo de los beneméritos y leales provincianos.

Hé aqui los frutos de vuestra admirada subordinacion militar: alli en Castilla cuentan como yo con ella, y por eso os llaman: volemós, pues, á darles una prueba de que no se equivocan; al veros solo, conocerán que sois los mismos que llevásteis y trajisteis desde el alto Pirineo al escabroso Gibraltar, esa en señal de la victoria siempre enlazada con la de la disciplina.

Dejad al genio del mal revolcándose de desesperacion, por que os ve marchar con el mismo orden que le hizo temblar al sentir el peso de vuestra planta en esa tierra que tanto revuelve. Si osase atentar vuestro sosiego y reposo, acordaos que va con vosotros el que en Amezagaña y Oriamendi os mereció tantas veces el dulce título de padre.—El coronel Carlos Gonzalez Llanos.

## VARIETADES.

### La penitenciaría de Londres.

Para defenderse la sociedad contra los que alteran el orden de ella no ha tenido por mucho tiempo otras armas que los castigos; la muerte de que fue y aun es todavía demasiado pródiga; las mutilaciones, que eran otras tantas muertes parciales; las torturas, suplicio preparatorio del que no se escapaban ni aun los reconocidos por inocentes; el servicio de galeras y minas ó de otros trabajos penosos que participaban con los criminales los mismos prisioneros de guerra; en fin, el encarcelamiento, que no tenia otro fin que el de separar al delincuente por algun tiempo ó perpetuamente de la comunicacion con los ciudadanos. Se habia imaginado tambien imprimir en el delincuente, á quien la sociedad no separaba de la vida, sino solamente de su seno, una señal indeleble, semejante á la que Cain llevaba en la frente, de modo que aquel hombre, reconocido y rechazado por donde quiera como enemigo de los hombres, se viese obligado á continuar la guerra, condenado al crimen despues de haberlo sido por él. La abolicion de una práctica tan absurda como bárbara es el primer progreso que ya se tiene que agradecer á la razon pública.

Pero no es este el único que debe hacerse y que importa no retardar en el sistema penal. La nomenclatura de los delitos y las penas manifiesta desde luego que el legislador lo ha calculado todo sabiamente. Ha apurado su imaginacion en enumerar todas las faltas que un individuo rebelde de la sociedad puede cometer contra las leyes, y en discurrir un castigo proporcionado á cada una de ellas, consistiendo la perfeccion de su obra en haber establecido una escala de castigos tal que haya una perfecta relacion entre la pena y el delito. Todo va bien hasta aqui; la sociedad queda armada para su propia defensa; y ya que no solamente exige que se obedezcan sus leyes, sino tambien que estas se conozcan, nadie puede alegar ignorancia, pues cada falta lleva su castigo. Sin embargo se empieza á advertir que tan hermoso edificio, trabajosamente erigido en el discurso de muchos siglos con las luces de los jurisconsultos y las observaciones de los rédngos, no puede llamarse completo teniendo en su extension algunos vacios que llenar y ciertos olvidos que reparar. No habian tenido lugar en él, por ejemplo, dos cosas: una el arrepentimiento, esta virtud de los mortales, que borra los crímenes á los ojos de Dios; ¿qué digo? á los ojos de cada hombre en particular y del mismo ofendido; pero que la sociedad no admite ni la conoce aun de

nombre en sus códigos; y la otra la mejora del delincuente, que no seria menos deseable segun pienso, ni menos provechosa á la sociedad que su castigo.

Las penitenciarías, cárceles de nueva especie y forma, proponen reparar en la práctica y en la aplicacion de las penas estos olvidos de la teoria legislativa. Por una parte el arrepentimiento, probado con el pesar del mal y el regreso al bien con la buena conducta y ejemplo, determina una mitigacion, una abreviacion de la pena incurrida; por otra parte el tiempo de esta pena, empleado en la mejora moral del delincuente, determina este arrepentimiento y regreso al bien; así el hombre que la sociedad habia castigado expidiéndole por algun tiempo de su seno, se le devuelve mas pronto y mejor. Este es el doble objeto de una penitenciaría. Hemos tenido afortunadamente ocasion de visitar la de Londres, lo que no es tan fácil para un extrangero como ver la Torre ó el Tunnel, pues se necesita una licencia especial del ministro de lo Interior, y creemos que ahora que se trata en Francia de multiplicar las casas penitenciarías, no dejarán de ser interesantes algunos pormenores acerca de la forma y régimen interior de este establecimiento. Expondremos, pues, en pocas palabras los resultados del sistema que en él se sigue.

A orillas del Támesis y mas abajo del cuartel de Westminster, cerca de Wauxhall-Bridge, se eleva un vasto edificio, que á primera vista pudiera tenerse por una fortaleza de la edad media. En el centro hay una ancha torre rodeada de un patio cuadrilongo, en cuyos cuatro ángulos se extienden edificios de figura pentagonal, presentando hácia afuera su ángulo extremo como en una obra de fortificacion. En el centro de cada uno de estos edificios pentagonales hay otra torre mas pequeña que la central de donde salen las paredes de division que separan cada patio en cuatro partes. Estas torres particulares son la habitacion de los alcaides; los patios pequeños el paseo de los presos, y los edificios de alrededor sus habitaciones.

Un capellan, que ejerce tambien funciones administrativas en la casa, quiso servir de guia á las señoras que me habian permitido ir en su compañía. Nos condujo primero á una de las torres pentagonales destinada á las mugeres, y penetramos en dilatados corredores, á los que daban las puertas de una serie de aposentillos perfectamente semejantes, que se parecian á un dormitorio de convento ó de colegio. Cada presa, vestida con un traje uniforme, y cuyo calor varia en cada edificio y en cada piso, ocupa uno de los aposentillos, cuyos muebles se reducen á una cama sobre una hamaca, una mesa, una silla, una tarima móvil y elevada algunas pulgadas del suelo, y fin en una especie de reclinatorio en el que hay una Biblia y diferentes libros de devocion. El aire y la luz entran en los aposentillos por una ventanita y por la puerta enrejada que da á los corredores, donde estan las guardas que son tambien mugeres. Durante la estacion fria hay caloríferos que distribuyen un calor igual en todos los edificios. En los ángulos que forman los corredores en el tránsito de uno á otro hay piezas destinadas para que las presas, despues de levantarse por la mañana, y antes de acostarse por la noche, concurren á lavarse y asearse cuidadosamente. Se les da al dia tres comidas sanas y abundantes, que consisten en raciones de leche, carne, legumbres y pan de excelente calidad. A las horas de paseo bajan á los patios, no juntas, sino una tras otra, sin comunicacion alguna entre sí, y sin dirigirse una sola palabra, paseándose sobre un círculo trazado como en un picadero, guardando bastante distancia, á pasos medidos y con el mayor silencio. Desde que se levantan hasta que se acuestan, menos en las horas de aseo, comida y paseo, se ocupan sin interrupcion en labores manuales, como la costura, el bordado y la calceta. Solamente una vez al dia las visita un capellan á presencia de las vigilantes; habla ó lee junto á ellas, les da una instruccion religiosa y moral, y les enseña á leer, escribir y las primeras reglas de aritmética. Cuando se pasa por aquellos corredores blanqueados, por delante de aquellos aposentillos tan curiosos y sanos, y entre tal recogimiento y silencio, cuando se ve á aquellas mugeres frescas y robustas trabajando con aplicacion delante de su reclinatorio y saludando con los ojos bajos y un modesto rubor á los extrangeros que se detienen por un momento á su puerta, cree uno mas bien estar en la tranquila morada de jóvenes piadosas que han dejado al mundo para consagrarse á la virtud, que en un receptáculo impuro adonde se arrojan violentamente los desechos de la sociedad.